



Historias de vida

Gerardo Degiorgis: el trabajo, filosofía de vida

En sus más de cinco décadas de carrera, trabajó en varias de las áreas del petróleo y llegó a ser una de las personalidades reconocidas en esta industria. Pero dice que lo más importante lo aprendió en la fábrica de carruajes de su padre, hijo de piemonteses, en Santa Fe. Le enseñó la filosofía del trabajo, algo que –asegura– no se aprende en los libros ni en la sala de máquinas de ninguna planta. En la entrevista que Gerardo Degiorgis (87) mantuvo con *Petrotecnia* en su casa del barrio Bombal, en Mendoza, hizo un repaso de su larga experiencia en la actividad.

Entró por la puerta grande y dejó a todos con la boca abierta. Uno de los mejores promedios de su promoción en la Facultad de Ingeniería del Litoral, recién especializado en petróleo en la Universidad de Buenos Aires y uno de los ingenieros más promisorios recién ingresados a la Destilería de San Lorenzo, Gerardo Degiorgis se animó a usar el mameluco. A los ochenta y siete, una de las personalidades del petróleo más reconocidas de la historia de la industria no tiene reparos en definirse como un eterno “laburante”.

Para Degiorgis, trabajo se escribe en piemontés: el dialecto de sus padres y lo primero que aprendió a hablar en San Carlos Centro, el pueblo en el que nació (cincuenta kilómetros al oeste de Santa Fe capital). Y el idioma en que hablaban todos sus vecinos, desde los inmigrantes hasta los policías criollos que lo habían aprendido a fuerza de oírlo en las calles.

Gerardo María José Degiorgis nació el 1º de enero de 1917 en una de las colonias agrícolas que habían trans-

formado a Santa Fe de un desierto a un gran campo sembrado. Su padre era capataz en una fábrica de carruajes y así lo fue hasta que su primer hijo cumplió nueve años. “Se dio cuenta de que si nos quedábamos en el pueblo ni mi hermano menor ni yo íbamos a poder hacer la secundaria y ni hablar de la universidad. Así que agarró todo y nos mudamos a Santa Fe”, cuenta en su casa del barrio Bombal, en Mendoza.

En la capital, la familia Degiorgis puso su propia fábrica de carruajes. Gerardo terminó la primaria y se recibió de ingeniero químico en la Universidad del Litoral. “En realidad lo mío era la física –admite– pero en aquel entonces era una cosa exótica. Un gran amigo mío que se llamaba Salgado me llevó a la facultad y me convenció para que estudiara ingeniería química. Él era un apasionado y prestigioso estudiante del último curso que debido a una enfermedad falleció antes de terminar su carrera”.

Filosofía de trabajo

Una de las más prestigiosas del país, la facultad de Ingeniería Química de la Universidad del Litoral había formado su cuerpo de docentes con profesionales traídos de Italia, Suiza y Alemania y con prestigiosos argentinos, como el matemático José Babini. “Era lo mejor de lo mejor. La escuela estaba tan bien equipada que teníamos aseguradas cuatro horas por día de práctica y otras tantas de teoría. Fue una verdadera suerte haber pasado por ahí. Además, yo tuve la enorme ventaja de que en mis horas libres y en las vacaciones trabajaba en el taller de mi padre”.

Dentro de la fábrica familiar asegura que no sólo aprendió sobre la construcción de carruajes sino “supe de la vida, cómo tratar a la gente y entendí, fundamentalmente, de qué se trata la filosofía del trabajo. Eso me sirvió a lo largo de toda mi carrera”.

Se recibió a los veintitrés años, pero ya un año antes empezó a tener ofertas de trabajo. “Eran otros tiempos –aclara–, en que las empresas iban a las universidades a buscar a la gente, pedían recomendaciones, se fijaban las calificaciones”. Y a él le llegaron dos ofertas de los dos “popes” del mercado en ese entonces: YPF y Good Year. “Me

habían propuesto del Consejo de la facultad y la verdad que todo lo que me ofrecían era inmejorable”.

¿Y por cuál se decidió?

Por YPF. En realidad, el sueldo que me proponía Good Year era muy bueno y con perspectivas de especializarme en Estados Unidos, pero YPF me daba la posibilidad de ir a hacer la especialización en petróleo en Buenos Aires. Cada vez que iba de Santa Fe a Rosario, desde el micro veía la destilería de San Lorenzo y me daba mucha curiosidad. Eso fue lo que me terminó de decidir. Imagínese cuán diferentes eran los tiempos, que a mí me pagaban \$ 400 sólo por estudiar. No tenía que hacer nada más. Y eso era mucha plata. Por darle un ejemplo, una camisa de poplin inglés costaba \$ 4,50. Un traje con dos pantalones me salían \$ 50.

Piense lo que era eso para un muchacho recién salido de la universidad.

El overol de un ingeniero

Hizo la especialización en la Universidad de Buenos Aires en 1940. Y así fue como, en el 41, finalmente Degiorgis llegó a San Lorenzo, la planta que curioseaba desde la ventanilla del micro. “Había muy buena gente, técnicos de la Escuela de la Armada y del Otto Krause. Fue muy interesante, porque como yo había sido criado en un taller me sentía en mi salsa”.

En aquella época los ingenieros no intervenían en la operación práctica (conducción de las plantas), que estaba en manos de técnicos especializados, con gran experiencia, ellos sólo conducían las operaciones desde la sala de control.

Crisis energética

En 1942, y a no más de tres meses de haber llegado a la destilería de Mendoza, Degiorgis recibió la inspección de una de las leyendas del petróleo, el gerente técnico Enrique Cánepa, el descubridor del yacimiento de Plaza Huincul. “Me dijo una cosa que jamás me he olvidado en mi vida: cómo nos equivocamos con la producción del yacimiento Tupungato”. Yo le pregunté por qué y me contestó: “cuando proyectamos la destilería fue en base a una producción de quinientos metros cúbicos por día y hoy nos está costando llegar a los trescientos cincuenta. Veinte años después, la producción de Mendoza superaba los diez mil metros cúbicos por día”.

La anécdota no quedó ahí. Cuando volvió a encontrarse con Cánepa, esta vez en la actividad privada, el legendario ingeniero volvió a tocar el tema: “la realidad había contradicho su apreciación de la producción de Tupungato”. Y ahí me dijo: “lo único en lo que hay que confiar es en el ‘agujero’”. Por eso siempre dudo un poco cuando dicen que no hay más yacimientos importantes en Mendoza”.



Gerardo Degiorgis en el Departamento de Estudios Tecnológicos, Facultad de Ingeniería de Petróleo, 1965.

Teniente coronel

Apenas llegó a Mendoza como jefe de la unidad combinada en el año '42, recibió otro nombramiento. Pero no era un ascenso. Tenía quince días para incorporarse al Ejército Nacional como subteniente de reserva. Cuando comunicó su nuevo destino a sus jefes, lo tranquilizaron. "En ese entonces el presidente de YPF era más importante que un ministro. Con lo cual, el gerente de la destilería hablaría a Buenos Aires para solucionar el problema. El tema llegó hasta el ingeniero Ricardo Silveyra, en ese entonces el presidente de YPF, pero no hubo nada que hacer".

"Estuve casi un mes en el cuartel hasta que la junta médica resolvió darme de baja. El oficial que me retornó la libreta de enrocamiento me dijo: 'usted se va porque no llegó a conocer a su jefe que en este momento está en maniobras en Uspallata. Si usted hubiera llegado a conocer al teniente coronel, no se hubiera ido'. Aquel teniente coronel era Juan Domingo Perón."

Como Degiorgis no compartía ese criterio, solicitó autorización para trabajar en overol con los foguistas y operadores. Añadió así el dominio de la práctica a las teorías de la universidad.

"Eso me permitió poner en funcionamiento las plantas en igualdad a los mejores operadores y afrontar el desafío, un año después, de hacerme cargo de la unidad combinada de Luján de Cuyo, que era entregada a YPF por la empresa Lummus (Estados Unidos), que la diseñó y cumplía el período de prueba. Tuve éxito y estuve dos años en el cargo, a lo que siguió un traslado a la



Gerardo Degiorgis (segundo desde la izquierda), Dr. Carlos Evans (gobernador de Mendoza, tercero desde la izquierda) y diversos funcionarios de Mendoza e YPF. Inauguración de la Unidad Combinada N° 2, Destilería Luján de Cuyo, 1954.

destilería de La Plata y luego de nuevo a la destilería de San Lorenzo, pero como jefe de operaciones (1945)."

Alcohol isopropílico

Por el año 1945, el alcohol isopropílico era un insumo clave para el país. Era el desnaturalizante que se utilizaba para agregar al alcohol etílico puro y preparar a bajo costo el alcohol de quemar, básico para los calentadores y las cocinas a kerosén. Por problemas de importación (Segunda Guerra Mundial), el método de producción fue desarrollado en los laboratorios de Florencio Varela y, en base a ello, se resolvió construir una planta en la destilería de San Lorenzo.

"Casi sin equipos tuve que armar desde cero la planta y lograr producir

quinientos litros por día. No dormíamos porque los equipos eran tan inadecuados que se pinchaban a cada rato. Tapábamos los agujeros de la torre de destilación con espiches. Los gases de la destilería pasaban por la planta, donde reaccionaban con ácido sulfúrico fumante y continuaba el proceso. Los gases que no reaccionaban volvían a la planta. El tema es que no sabíamos qué hacer con el ácido sulfúrico residual de alta concentración."

Del potrero a la selección

"Yo nací el 1° de enero de 1917. Tuve un amigo en Santa Fe que nació el mismo día que yo e hizo la secundaria conmigo, pero después siguió abogacía. Era Ítalo Luder."

Pero el político peronista no fue el único amigo famoso que tuvo Degiorgis. Hinchas de Unión de Santa Fe y de River, dice que siempre le gustó jugar al fútbol. Como todos los pibes de su época, aprendió en los potreros. "Teníamos un equipo de sexta división de potrero. Había un chico dos o tres años menor que yo que siempre quería jugar pero sólo lo dejábamos cuando faltaba alguno. Jugaba muy bien, pero cuando agarraba la pelota no la largaba más hasta que terminaba en el suelo. Al pibe lo llamábamos 'huevo' por la forma de la cabeza y el color del pelo. Muchos años después, y alejado de las noticias del fútbol, me enteré que 'huevo' era nada menos que René Pontoni, el centro forward de la selección".



Carmen Mónaco de Degiorgis y Gerardo Degiorgis.

¿Y cómo se arreglaron?

Empezamos tirándolo a pozos de tres por tres metros y dos de profundidad, pero el ácido interrelacionaba con la arcilla, lo impermeabilizaba y no seguía absorbiendo. Así necesitábamos más y más hoyos para enterrarlo. Seguimos cavando hasta que no tuvimos más terreno. Como la planta no podía parar, encontramos un arroyo, en realidad un hilito de agua casi imperceptible en el límite de la destilería y lo largamos ahí. Pero qué pasó: resulta que el arroyo desembocaba en un pequeño delta del Paraná, donde paraba la prefectura marítima y el ácido agujereó una de las lanchas. La tuvo que pagar YPF. Era tan grande la necesidad que el país tenía del alcohol isopropílico que no me hicieron las más mínima observación.

Mi relación con el laboratorio de Florencio Varela fue siempre muy importante, no sólo con el alcohol isopropílico sino desde mi ingreso a YPF, era un instituto de excelencia entre cuyos profesionales estaban los que considero mis grandes maestros: los doctores en química, Alberto Zanetta y Alberto Menucci.

El regreso a Mendoza

Al año siguiente lo esperaba otro regreso, esta vez al lugar desde donde nunca más volvió a irse: Mendoza. En febrero de 1946 fue transferido nuevamente a la planta cuyana. Esta vez como administrador, el cargo más alto, un equivalente al actual gerente. Conservó esa posición hasta el '56, cuando tomó la difícil decisión de renunciar a YPF. "Las circunstancias y los problemas derivados de las luchas gremiales me decidieron a buscar nuevos horizontes".

Pero otros intereses lo mantenían ligado a la ciudad y a su petróleo. A poco de haber asumido como administrador de la destilería, Degiorgis ganó por concurso la cátedra "Equipos y proyectos" de la Facultad de Ingeniería de Petróleo de la Universidad Nacional de Cuyo. "Fuera de horario, casi siempre de noche, daba clases. Me gustaba mucho la relación con los estudiantes". Dos veces fue decano de Ingeniería. La primera a un año de asumir y fueron los propios alumnos los que pidieron que él ocupara el

cargo que había dejado vacante el doctor italiano Egidio Feruglio, por entonces director de la carrera, al volverse a su país. La segunda vez, un tiempo después, le tocó defender la Escuela Superior de Ingeniería de un proyectado traslado a San Juan. "He querido mucho a esta facultad -cuenta-. He sido maestro de casi todas las camadas de ingenieros en petróleo que salieron de ella, como Enrique Natri (el primer egresado), Rubén Patritti, Güimar Vaca Coca y Juan Yañez. Tengo la satisfacción de haber seguido sus carreras y haber visto cómo progresaban en la industria".

También en la Facultad de Ingeniería fundé el Instituto de Estudios Tecnológicos (actual DETI) y el departamento de graduados, donde se dictaban conferencias y cursos a cargo de destacados especialistas de todas las ramas de la ingeniería de petróleo.

A la hora de repasar su carrera, ase-

gura que lo enorgullece haber desarrollado otros trabajos importantes.

Mi vinculación primero con YPF y después con la facultad me permitió, además, conocer los institutos de investigación relacionados con el petróleo más importantes de Europa y los Estados Unidos tales como los de Shell, Esso, Instituto Francés del Petróleo, ENI, Texaco, etcétera.

También trabajó con Enrique Cánepa y Mario Vila, dos de los grandes de YPF ya volcados a la actividad privada (TIPSA). Los dos, fuertemente ligados al *upstream*, necesitaban un experto en la parte del negocio que mejor conocía Degiorgis: el *downstream*. Comenzó asesorándolos en la parte de refinería y continuó representándolos en gestiones comerciales. En eso estaba cuando en su casa apareció un hombre de traje que resultó ser el vicepresidente de la firma estadounidense de servicios petroleros BJ Service.



El premio Nobel y la siesta

En la década del sesenta, el Poder Ejecutivo nacional consideró la conveniencia de crear con el patrocinio del Instituto Francés del Petróleo y de la UNESCO, un Instituto del Petróleo Argentino dedicado a la enseñanza y a la investigación. La UNESCO intervenía con un millón de dólares y el país con una cifra similar. Por el periodo de un año, la organización estaría a cargo del Instituto Francés del Petróleo y luego continuaría un argentino en el cargo. Degiorgis fue convocado para dirigirlo. Tuvo una reunión en Buenos Aires con uno de los impulsores del proyecto, el premio Nobel Bernardo Houssay a cargo del CONICET. Nunca lograron ponerse de acuerdo. El científico quería que la sede del Instituto fuera Buenos Aires y Degiorgis, que funcionara en Mendoza. "Houssay era una persona que cuando se enojaba no daba el brazo a torcer. Empezamos a discutir y cuando no le quedaron más argumentos me dijo: 'usted quiere que sea en Mendoza así puede dormir la siesta'. Yo me reí y decliné la oferta. Propuse en mi reemplazo al destacado ingeniero, ex YPF, Mario Tozzini. Después de unos meses de organización y preparación se canceló el proyecto."

La Seccional Cuyo del IAPG

Más allá de las actividades mencionadas, Gerardo Degiorgis tuvo una activa participación no sólo en la formación de la Seccional Cuyo del IAPG, donde fue miembro de la Comisión Directiva, sino también en las distintas actividades que programaban.

Las actividades de la Seccional ocupaban un lugar muy importante en cuanto a la vinculación social de sus miembros, recordaba Degiorgis.

¿Qué tenía para ofrecerle?

Un trabajo en tratamientos de pozos, cementación y fractura. Yo lo escuché atentamente y le dije que no, primero porque no sabía absolutamente nada de eso y segundo porque no me gustaba. La respuesta me sorprendió. Me dijo: ¿usted se puede tomar un mes de licencia en la universidad? Yo le contesté que sí y me hicieron una oferta difícil de rechazar: un mes en Estados Unidos con todos los gastos pagos, si me gustaba colaborar con ellos. Era fines de 1957 y estuve relacionado con ellos por más de veinte años. Fundamentalmente, fui un intermediario entre los laboratorios de Estados Unidos y los ingenieros de habla hispana (Colombia, Venezuela, Ecuador).

Su trabajo le exigía viajes constantes pero nunca abandonó Mendoza, incluso creó un centro de capacitación en la misma ciudad para los ingenieros latinoamericanos de BJ.

El huevo de Colón

¿Se acuerda de algún otro trabajo en especial?

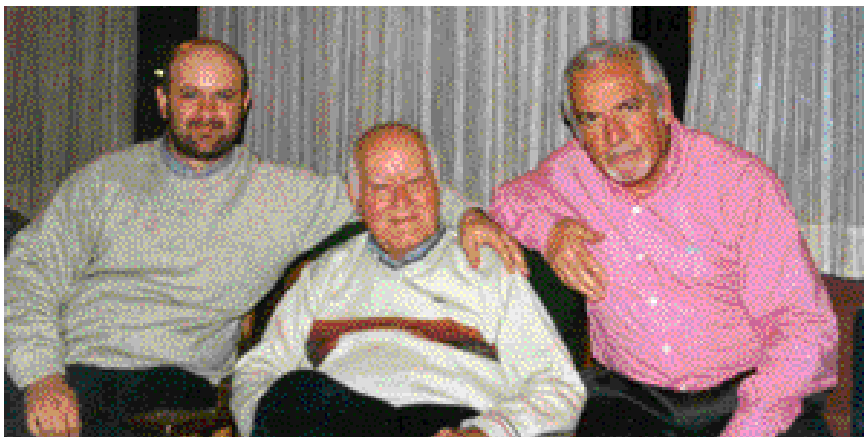
Le voy a contar uno al que llamo "el huevo de Colón". Yo me había desvinculado de YPF, cuando me enteré que Monsanto había llamado a licitación para reparar uno de sus reactores de la fábrica de PVC. La planta tenía dos, en los que reaccionaban cloro con acetileno. Los reactores tenían tres metros de diámetro y seis de altura. Dentro de ellos había una gran cantidad de tubos de dos pulgadas. Por una falla, comenzó a ingresar agua convirtiendo al cloro en corrosivo. Eso inutilizó uno de los dos reactores. Había que repararlo pero

sin que dejara de trabajar el segundo reactor, porque tenían toda la producción comprometida. Lo cual complicaba las cosas, porque el acetileno es uno de los gases más explosivos. Las empresas metalúrgicas de Buenos Aires que se presentaron a la licitación proponían construir una especie de edificio alrededor del reactor a reparar e insuflar aire desde cierta distancia de forma tal de mantener la presión dentro del sitio de trabajo por encima de la atmosférica y trabajar así sin peligro de explosiones debido al ingreso de gases desde el exterior. Monsanto no aceptó ninguna de las ofertas porque consideraba que los aparatos para medir y controlar la pre-

Industriales (INEI), edificada sobre la base del proceso de acidificación de pozos y luego cementación. Se dedicó a ella hasta 1992 cuando cumplió setenta y cinco años y decidió ocuparse de su proyecto más especial, su mujer Carmen y su hijo Gerardo Luis, ahora ingeniero y en la industria del petróleo igual que él.

Y ahora tendrá tiempo para todas los gustos que no se pudo dar en tantos años de trabajo...

Y, sí. Leo más literatura argentina, sociología y economía. También me hago tiempo para jugar al golf los miércoles y los sábados. Toda mi vida jugué



Gerardo Luis Degiorgis, Gerardo Degiorgis y Miguel Ledda.

sión interna no aseguraban la eficiencia de la operación. Estaban atascados en eso. Entonces a mí se me ocurrió una solución muy simple. ¿Qué pasa con las carpas de circo? Si uno les saca la presión de adentro se desinflan. Esa era la mejor forma de controlar la presión y lo que había que construir era una carpa, no un edificio. Gané la licitación. Para construir la carpa adecuada me pasé quince días en un taller dirigiendo la fabricación. Por eso a esta simple solución la llamé "el huevo de Colón", porque a veces lo que uno busca está frente a los ojos y no lo ve. La obra mecánica fue ejecutada por el astillero Astarsa con éxito.

El proyecto más especial

Incansable, no dejó ningún proyecto de lado. A mediados de los setenta se embarcó en su propia empresa, Ingeniería y Equipos

al tenis hasta que tuve un problema en una rodilla que me hizo cambiar de deporte al golf. Claro que a esa edad uno siempre va a ser un medio golfista.

Se puede decir que en sus más de cinco décadas de carrera, usted fue protagonista de la historia más grande de la industria del petróleo en nuestro país. ¿Qué consejo le da a los chicos que recién están saliendo de la universidad?

Que hay que luchar, que confíen. Yo creo que tenemos oportunidades y que vamos a tener un final feliz. Si yo tuviera pocos años ahora, no pensaría en irme del país. La Argentina me dio muchas cosas. Piense que yo fui un muchacho, hijo de un artesano, que pudo poner su propia empresa y darle una educación a sus hijos. Gracias a ella yo, desde mi pequeño pueblo, pude triunfar. Esa cultura de trabajo fue la mejor herencia y el mejor testimonio que le puedo dejar a mi hijo.